

PABLO, LA GENTE TE APOLLA

“**A**mí me interesa la fotografía sólo en función del libro; en éste, ella respira bien; aquí no encontrarán una sola foto colgada o expuesta sobre un mueble, porque su destino es la observación privada, tal cual se relee poesía o se pone un disco que en ese momento se quiere escuchar. Por cierto que me refiero a la fotografía en blanco y negro, lo que constituye el *color* de la fotografía. Las fotos color me sirven y por eso las tomo, en función de archivo”.

Luis Poirot en la acogedora serenidad de su departamento y junto a su *Neruda*, retratar la ausencia (Edición Fundación Neruda, 1986), conforman un todo que se reviste gradualmente de gran emoción. Porque también, al dar vuelta las páginas del hermoso libro, el poeta va cobrando vida, como si el “regreso a Chile con Neruda de la mano” escrito en la solapa por el autor, se convirtiera en un efectivo regreso del gran capitán.

Cuatro años invirtió Poirot en esta aventura nerudiana que le significó innumerables vuelos entre Barcelona y Santiago. Había que penetrar el mundo del poeta a través de todos los testimonios posibles. Y había que tomar las fotos, primero de Isla Negra, luego de La Sebastiana de Valparaíso y algunas de La Chascona en los faldeos del San Cristóbal, sus tres casas.

Poirot era un alumno recién egresado de la Escuela de Teatro cuando se enamoró de Carla Cristi. “Este libro se lo debo a Carla, sin cuyo apoyo de toda clase, habría sido un sueño imposible”, advierte Lucho con sobria ternura que también se refleja en la dedicatoria de *Neruda*: “A Rogelia Vilamitjana y a Carla Cristi”—nombres real y artístico de la misma persona—, porque la esposa y la actriz dieron todo lo suyo para que resultara. En otro plano, también resultó fundamental la Fundación Pablo Neruda que costeó los quinientos ejemplares de la edición hoy prácticamente agotada, mientras se lucha por otra edición chilena más económica y se mantienen conversaciones para una norteamericana bilingüe. Aquellos editores de Nueva York planifican ejemplares con algunas páginas menos y tapas blandas, de manera que no sobrepase los veinte dólares a público. Es-



A. PILLON

■ Poirot, dramaturgo de la fotografía, retratista de la ausencia, que ha emprendido una aventura editorial con su libro *Neruda, retratar la ausencia*.

pañá, por su lado, hará una edición de responsabilidad oficial del gobierno.

Hombre de teatro, hombre de fotografía y para el futuro, hombre esencialmente de libros —“tengo un par de planes con chilenos no tan grandes como Neruda, pero que también se proyectan al exterior”—, este hijo de padre francés emigrado, con rostro bien oriental y profundo apego a Chile ha detectado en su gran sensibilidad al pueblo chileno cuando aprecia al poeta como alguien que pertenece al más encumbrado y al más humilde.

La Batucana, desde luego, está entre los testigos de este *Neruda* a primera vista de papel, pero en realidad de carne y sangre conseguido por Poirot. La poeta popular y el Premio Nóbel se encontraron en Batuco, donde ella le enrostró el engaño de *Farewell*, por el que guió su propia vida sentimental en la idea de que *los hombres besan y se van*, dejando un niño triste como tú en las entrañas, para enterarse, ya tarde y más de una vez madre soltera, que el propio Neruda se había casado varias veces. Esto la indujo a ella misma a casarse, con resultados desastrosos. Pablo le explicó que así como hay árboles de hojas perennes y árboles de hojas caducas, también hay mujeres y hombres de paso, y otros que quedan

hasta que el amor lo exija. Le regaló su firma en un pedacito de volantín destrozado, que ella guardó hasta que quiso a su vez hacer un regalo de reyes, con sus eternos bolsillos vacíos.

También entrega un testimonio la artista María Martner junto a su marido Francisco Velasco, a quienes una vez el poeta preguntó si creían en la reencarnación. El les confesó que le gustaría renacer como pájaro, tal vez en forma de águila. Pasó el tiempo y una tarde en Isla Negra, la pareja, alertada por el hombrecito que fuera vecino de Neruda y Matilde, vio un aguilucho posado en el roquerío frente a la casa clausurada y abandonada.

Tan vivos como esos testimonios de quienes estuvieron próximos al poeta —y que el autor de *Neruda* buscó muchas veces en el olvido de amigos perdidos en el tiempo, en el anonimato, en la pobreza o en la insignificancia según los códigos exististas— están las fotos de un Poirot que supo sacar el grito a un caballo de madera botado en la agonía del cachivache, y la alegría juguetona a un zapato curioso metido en lo que era el bar del hogar playero. Ese que construyó Rafita, carpintero tan rudo como exquisito, y tan pueblo de Chile cuando testimonia mirando limpiamente a la cámara del que vino a revivir a don Pablo para un libro al que él no tendrá acceso. Como probablemente no lo tendrá el que escribió “Pablo, la gente te apolla” en la empalizada de la casa de Isla Negra. Allí donde los peregrinos que devotamente acuden, han editado un verdadero “libro colectivo” en honor y amor al Neruda que cada cual adoptó como suyo.

Cansémonos de lo que mata/y de lo que no quiere morir, consignó el poeta entre sus versos inéditos, en los que principalmente escarmenó Poirot para dar voz a sus fotos: dos líneas que dan otra puntada decidora en el armado de este *Neruda*, que el autor propone tal cual una obra dramática, con planteo, nudo y desenlace.

No hay/espacio más ancho que el dolor/no hay universo como aquel que sangra.

Dando vuelta las páginas de *Neruda*, cabe también que el lector diga a modo de plegaria: *cansémonos de lo que mata*. ☉